

pos, Siegfried caza un bisonte en los Vosgos. Aristóteles les apellida *bonassus* y nos ha legado de ellos una descripción exacta. Plinio menciona á aquel mamífero llamándole *bisonte*; y dice que su patria es Alemania. Calpurnius describe al bisonte en el año 282 después de J. C.

En los siglos VI y VII las leyes (*leges alamanorum*) hablan de los bisontes; y en tiempo de Carlo el Magno vagaban por el Harz y por la Sajonia. En el año 1000, Ekkehard dice que abundaban los bisontes en los alrededores de Saint-Gall. En los siglos XIV y XV, existían bisontes en la Pomerania y Prusia oriental, entre Tilsit y Laubian; y en el XVIII en la Transilvania.

Después de esta época, el bisonte europeo sólo se halla en la selva de Bialowicza.

Á mediados de este siglo

existían en aquella selva de Polonia unos 700 bisontes. Hoy, merced á las rigurosas medidas adoptadas, su número pasa de 2,000.

En el Cáucaso el bisonte no es raro. Antes existía por todas partes: hoy el sitio donde abunda más es el Zaadam. El bisonte se halla también en Asia central, á orillas del lago Koko-Nor.

El bisonte es un buey salvaje, feo, horrible, con una crin larga, espesa y cerdosa, que brota en todo su cuerpo, y una barba extraña, armado de vigorosos cuernos muy abiertos.

El bisonte de Europa es más pequeño que el de América. Mide 1'65 metros de alto y 2'55 metros de largo, y pesa de 500 á 600 kilogramos. La cabeza del bisonte es enorme, poderosa; y sus cuernos suelen tener unos 50 centímetros de largo.

En verano y otoño el bisonte habita en los sitios húmedos de la selva, y oculto entre el follaje y los matorrales. En invierno prefiere los sitios elevados y secos. Los bisontes viejos machos viven solitarios, y los jóvenes en manadas de 15 á 20 individuos en verano y de 30 á 40 en invierno. Cada rebaño tiene su morada fija, y reina en ella la mayor armonía, salvo en la época

del celo; pero dos piaras distintas suelen vivir en permanente enemistad, y no es raro ver á la manada débil evitar el encuentro de la más fuerte.

Los bisontes viven alerta y dispertos, lo mismo de día que de noche, y pacen comiendo yerbas, brotes, brotones, y la corteza verde de los fresnos, causando grandes destrozos en la selva. Necesitan beber agua fresca, y han de vivir en sitios donde abunde el agua.

El bisonte parece pesado en sus movimientos, y sin embargo es vivo. Su paso es acelerado, su carrera es un galope rápido; comiendo baja la cabeza y levanta la cola.

El hombre en actitud pacífica, y caminando lenta y suavemente, no suele ser atacado por el bisonte; por un movimiento vivo, el más pequeño accidente, basta para encolerizar al bisonte, y trocarse en

terrible y furioso. En verano huye generalmente á la vista del hombre, pero en invierno sigue tenazmente su camino. El bisonte, como todos los bovidos salvajes y en libertad, muestra gran violencia y cólera terrible, y sobre todo un grande espíritu de independencia. Furioso saca la lengua azulada, mueve sus pupilas inyectadas de sangre, su mirada es sombría, y se precipita con inexplicable saña y rabia sobre los objetos de su furor. Los jóvenes bisontes son más tímidos que los viejos, y entre éstos los solitarios son un verdadero azote para los sitios donde moran, y provocan y atacan al hombre.

Ya queda apuntado que los bisontes europeos solo se hallan hoy en la selva de Bialowicza. Pues bien: hace muy pocos años un solitario vagaba entre los principales caminos que atraviesan el bosque, y atacaba á los leñadores montados en sus carretas, ó á los viajeros en sus trineos, y causó muchos graves accidentes.

El bisonte es terrible cuando se ve perseguido; y el cazador, por bien armado que esté, se halla expuesto á inminentes peligros.

Durante la época del celo, los bisontes traban tre-



Manada de bisontes

mendas luchas. Empieza el celo en agosto ó setiembre, y dura unas tres semanas.

Aquellos bovidos se hallan entonces en su pleno vigor, rollizos y llenos de fuerza.

El bosque se puebla entonces de grandes ruidos. A los saltos y jugueteos suceden los topetazos, los accesos de cólera, arrancando de cuajo árboles y arbustos, chocando con estrépito las frentes de los bisontes; todo esto acompañado de mugidos y resoplidos ruidos.

Los bisontes saben defenderse de sus enemigos. Los demás huéspedes de la selva.

Pasada ya la época del celo, los solitarios abandonan el rebaño para dedicarse á su vida libre y vagamunda.

Comparada con los otros bovidos, la hembra del bisonte es poco fecunda, pues libra sólo cada tres años, y al llegar á cierta edad se trueca en estéril.

Los bisontes saben defenderse de sus enemigos. Los



Caza del bisonte en América

osos y los lobos suelen sólo atacar á los pequeños bisontes que no se hallan bajo el amparo de la madre. Durante la época de las nieves, los lobos hambrientos han llegado á atacar á un bisonte adulto, separado del rebaño; y tras viva persecución han acabado por rendir al bovido y matarle, pero habiendo sufrido los lobos pérdidas por su parte. Para que esto suceda, es necesario que sean muchos los lobos que ataquen al bisonte.

II

En la selva de Bialowicza, no siempre reina la placidez y calma de la naturaleza en su abandono, sino que alborotan los ecos el sonido de las trompas, los gritos del halalí y los ladridos de los perros.

Allí se realizan grandes cacerías, en que se despliega grande aparato y esplendor cortesano. Los elevados personajes invitados no necesitan mostrar el valor y ardimiento de los antiguos germanos cuando cazaban el bisonte en la Selva Negra. Julio César decía que haber

matado un bisonte era uno de los mayores títulos de gloria; y los antiguos poemas cantan y celebran tales hechos y proezas. En la edad media los caballeros combatían con el bisonte, y le daban muerte con su mano. Hoy se caza el bisonte lo mismo que otras piezas venatorias.

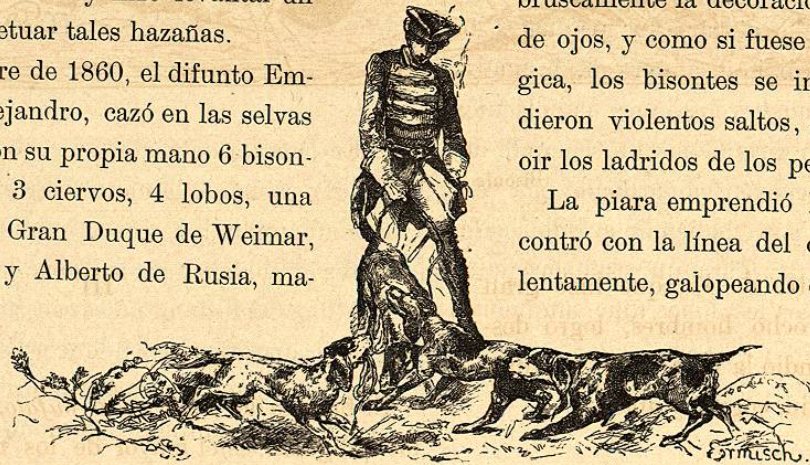
El soberano, cuando llega al bosque de Bialowicza con su gran séquito, tiene á sus órdenes á todos los rústicos y labradores, que le sirven para el ojeo y la batida, reuniendo un ejército de dos á tres mil personas, cuya misión consiste en conducir á la piara de bisontes á un sitio señalado de antemano.

Una columna de 6 metros de altura, con inscripciones escritas en lengua polaca y alemana, se halla en la selva de Bialowicza, y lega á la posteridad el recuerdo de una de estas cacerías brillantes del rey Augusto III, en 1752. Enumera la inscripción todos los héroes que tomaron parte en la expedición, y el número de reses muertas. En un día cazaron 42 bisontes, 13 alces, y 2 ciervos. La Reina,— dice jocosamente un autor,— mató 20 bisontes, sin duda sin interrumpir la lectura de alguna interesante novela.

En aquella cacería hubo torrentes de sangre... de bisontes, por supuesto; pues, por fortuna, por lo que atañe á los cazadores, pudieron, sin peligro, dar muerte á los bovidos fuera del alcance de sus cuernos.

Millares de siervos rodearon á los bisontes, á los que acorralaron levantando una cerca ó empalizada de 2'50 metros. Colocóse á mayor altura, y en la parte exterior del cerco, una plataforma, á guisa de tribuna, y desde allí el Rey de Polonia y su séquito pudieron cómodamente matar á los bisontes. Cuando alguno caía, sonaban alegremente las trompas. El Rey hizo levantar un monumento para perpetuar tales hazañas.

El 18 y 19 de octubre de 1860, el difunto Emperador de Rusia, Alejandro, cazó en las selvas de Bialowicza. Mató con su propia mano 6 bisontes, 2 alces, 6 gamos, 3 ciervos, 4 lobos, una zorra y una liebre. El Gran Duque de Weimar, y los príncipes Carlos y Alberto de Rusia, mataron 8 bisontes. El cronista fué más sobrio que en la anterior caza, que fué menos ruidosa, pero,



en cambio, más sería que la realizada por Augusto III.

En otros siglos, los pecheros y siervos cazaban á hurtadillas y furtivamente, á pie y con lanzas. Los cazadores iban de dos en dos; uno se dirigía en derechura hacia la fiera, procurando herirla mortalmente, mientras el otro daba grandes voces, agitando un paño ó lienzo de color rojo, llamando la atención del bisonte. Los perros también servían de auxiliares en aquellas cazas, para las que se necesitaba gran valor y arrojo, y llenas de azares y peligros.

Dimitri Dolmatow, inspector de los bosques imperiales rusos, describió, en 1849, en un diario inglés, la manera de cazar al bisonte.

Habiendo prometido el Emperador á la reina Victoria que le regalaría dos bisontes vivos para el jardín zoológico de Londres, dió la orden de aprisionar algunos de aquellos bovidos. El Conde de Kisselew se encargó personalmente de cumplir la orden del soberano. La caza se fijó para el día 20 de julio de 1846. Al despuntar el día, 300 ojeadores y batidores, y 80 guardas rurales, llevando fusiles cargados sólo con pólvora, empezaron á cercar con el mayor silencio, hacia el fondo de un pequeño valle, á una piara de bisontes.

Treinta cazadores decididos y valientes, á las órdenes del Conde, penetraron en el valle, avanzando con precaución.

El día era magnífico, y no soplab el viento. Llegados al límite del valle, Dolmatow y su compañero descubrieron á los bisontes acostados sobre un ribazo, rumiando tranquilamente, mientras que los pequeñuelos jugueteaban alrededor de los adultos.

Al sonar el primer toque del cuerno, cambió bruscamente la decoración. En un abrir y cerrar de ojos, y como si fuese obra de una varita mágica, los bisontes se incorporaron primero, y dieron violentos saltos, agrupándose después al oír los ladridos de los perros.

La piara emprendió la retirada, pero se encontró con la línea del cerco, que forzaron violentamente, galopeando con furia y estrépito. Los cazadores lograron su objeto, pues separaron de la piara un pequeño bisonte de 3 meses, que fá-



Bisonte de América

cilmente aprisionaron, y otro de 15, que hizo gran resistencia. Cogido por ocho hombres, logró desasirse, los derribó y emprendió la fuga; pero la jauría le acorraló, y pudo ser, al fin, cogido y atado.

III

El bisonte de América ó búfalo, como lo apellidan los indígenas, es el mayor de los mamíferos de aquel continente. El macho tiene 2'80 á 3 metros de longi-